

VII

Veinte días sin verla. Sabiendo por sus cartas, cada vez más lacónicas, que se acordaba mucho de mí y que estaba muy mala. Rafael había conseguido un mes de licencia, pero todas las tardes Ramona, burlando su vigilancia, salía á encontrarme en un café cercano. Sus noticias eran hondamente desconsoladoras.

—La amita parece su sombra. Cuando no me ve lloro de pena, nunca delante de ella por no asustarla.

Sentía necesidad de verla y me abandonaba al optimismo de creer exagerados á todos. Quizás no tuviese tanta importancia, tal vez no fuese tan avanzada la enfermedad. Pero sus cartas... Ella consciente del nuevo encanto que le añadía al dolor. Pero Ramona... La quería demasiado para juzgar serenamente. Se lo rogué, y accediendo á mi petición, asomóse una tarde al mismo balcón donde meses atrás me diera prueba de su exquisitez, halagando á un tiempo mi va-

nidad de artista y de hombre. Fué la postrera aparición. Arrebujada en costoso gabán de pieles, su cabeza afinábase para terminar la silueta supremamente adolorida. Sonriendo me hizo una discreta señal. Tuve miedo de alzar la cabeza, de fijar la mirada turbado por cobarde emoción. Me pareció tan pálida como la última vez, no más. ¿Hubiera sido posible mayor grado de lividez? Sí la juzgué más alta, un poco más alta, pero ya creo haber narrado esta obsesión. ¿No? Durante nuestras últimas entrevistas su estatura crecía por momentos. Fluctúo entre atribuir este fenómeno á mi desequilibrio ya incoado ó nada más á una aberración óptica. La veía tiritar y le hice seña para que se retirase. Tosió entonces, y su tos repercutió en la soledad de la calle con sonoridades extrañas. Al toser se combaba toda, doblegándose como bajo el peso de un destino cruel. Dos brazos vigorosos y solícitos atrajéronla hacia adentro. Yo sabía de quién eran y no supe si bendecir ó maldecir aquellos brazos.

Y otra vez pendiente la vida de la veracidad de una confidencia, volvíme á preocupar de la justeza de los vocablos. Muchas veces fui duro para con Ramona.

—¿Sabe usted lo que vale la palabra «gravísima?» Quiere decir «casi» muriéndose, ¿entiende usted? *Casi muriéndose.* ¿Así no está la señorita?

Y me respondía con afirmativo ademán; entonces, colérico, le decía yo:

—Es usted muy bruta. ¿Usted qué sabe de medicina para decir eso?

Luego, tras de prolijo enumerar detalles y síntomas, sin ofenderse por mi rudeza, me aconsejaba:

—Usted se cuida poco, señorito. Coma usted. ¡Tiene usted una color!

Y al marcharse, yo sentía cariño hacia la buena mujer, porque comulgaba en mi pesar.

Transcurrieron muchos días sin verla. El balcón vacío, siempre vacío. ¡Cuántas veces mi deseo puso en él la venerada imagen!

Hube de renunciar á todo trabajo. Mi alma hallábase tan llena de ella que cualquiera actividad divergente de su recuerdo no cabía en mí.

Volví á las tabernas, á las tertulias, á las reuniones literarias, tratando en vano de combatir mi tedio. Mis amigos me hallaron desmejorado física y hasta moralmente; ya no era el hombre de buen humor, siempre propicio para improvisar un holgorio. Pedí noticias de los desertores del grupo. Arturo Rosell marchó á Buenos Aires buscando la fortuna aquí adversa; D. Sandalio tuvo quehaceres que le ayudaron á vencer su costumbre; Raúl Giner, trocado en persona formal, no bebía nunca, y todos los días pasaba seis horas copiando estados en un ministerio.

Parecíanme cosas inauditas. Todos laboraban en busca de un bien vivir, de una ecuanimidad pura y normal. Hasta Giner, claudicando de sus ensueños de gloria y de sus teorías iconoclastas, me parecía persona envidiable. Solamente yo carecía de voluntad para separarme del precipicio. Muchas veces, por disculpar mis extravíos, habíame dicho esta definición: «El vicio es el plano inclinado donde más rápidamente se engendra la inercia», y Raúl, aquel borracho morfomano é inadaptable, surgía para poner de manifiesto mi abyección.

En los teatros complacíame buscando raras analogías entre los héroes de las fábulas y nosotros. Hubo melodrama ridículo, engendros contra los cuales se alzaba agresiva mi personalidad literaria, para los que otro espíritu desconocido en mí se mostró exorable. Me sorprendía cómo en otras épocas dejé de hacer cosas por falta de tiempo; ahora me sobraba todo el día. Luego de comer, calculaba la hora de la cita con Ramona; dividía el tiempo en dos mitades emprendiendo un paseo sin rumbo. Cuando era transcurrida la mitad, volvía sobre mis paseos para dirigirme al café donde había de encontrarla. Siempre llegué demasiado pronto.

Y así una tarde, otra, veinte más. Finaba Diciembre.

Ramona iba todos los días á las cinco, nunca mucho después. Aquella tarde sonaron las seis. Me hice cargo de la duración de las horas. ¡Cuánto tiempo mide un minuto! Las siete, las siete y media, las ocho y Ramona sin llegar. Salí del café, dirigiéndome hacia su calle. En la fachada su balcón era un cuadrilátero luminoso. Tardé mucho en encontrar un rapaz, quien con recelo aceptó mi proposición de interrogar á la portera: «La señorita estaba muy mal, mucho peor; el médico se había despedido». ¡Tenerla tan cerca y dejar que voces extrañas consolaran sus últimas horas! Avergonzábame mi cobardía. Mi deber era arrostrarlo todo y reclamar un puesto á su lado. Tenía derecho, derecho legítimo. ¿No era por lo menos tan respetable como el conferido por un mísero sacramento? Sentí derrumbarse algo dentro de mí, mi alma supo del vacío de la inquietante oquedad de una casa desierta. Busqué en el vino todo el valor que me faltaba y recorrí las tabernas ofreciendo y aceptando injustificados convites, insensible al vino, conservando mi lucidez, una lucidez fríamente sutil. Poco á poco fueron menos los transeuntes. El farolillo del sereno temblaba por la angostura de la calle. Descendía densa neblina. Yo, con el gabán desabrochado, marchaba rápidamente, repitiendo los mismos paseos, atento al cuadro

luminoso tras del cual no sabía si estaba ó ya no estaba ella. Los faroles surgían borrosos entre la neblina. Mi aspecto era sin duda irregular, pues me fueron precisas muchas explicaciones para desvanecer las sospechas del vigilante. Después platicamos largo tiempo dando mil giros á conversaciones fútiles, temeroso de hallarme solo. De tarde en tarde se dejaba oír la voz de algún vecino y entonces reanudaba yo mis paseos. Se desarrollaba la noche con abrumadora lentitud, lentitud increíble, verdadera noche polar. Para distraer el tiempo, entregábame á pueriles combinaciones: quieto en la esquina, me prometía no abandonar el sitio hasta que pasaran diez transeúntes. Cruzaba uno, después de largo tiempo otro, otro más tarde y perdida la paciencia volvíame del acuerdo y daba algunas vueltas entre-gándome al poco rato á combinaciones análogas. Todo mi pasado, cuando joven de espíritu las grandes quimeras del desear eran en mí, adquirió extraordinario relieve en la memoria. Lo recorría lleno de tristeza, sólo deteniéndome en los fastos: la muerte de mi amada, la publicación del primer libro, el día que recibí carta de Elvira. El balcón iluminado aparecía en lo alto inescrutable; la luz iluminábalo serenamente, sin oscilaciones. Del final de la calle llegaron gritos agrios, gente pendenciera que hizo precisa la interven-

ción del vigilante. Me acerqué casi por instinto: Raúl Giner y un amigo suyo reñían por divergencia de opiniones acerca de Nietzsche. Quedé estupefacto. ¿Había quien riñera por esas cosas? Interpuse mi amistad con el sereno y éste accedió á llevarse al desconocido mientras yo remolcaba á Raúl. Nos dirigimos á una taberna, donde el nombre de Raúl fué llave de la puerta cerrada. Nunca le había visto tan beodo. Su andar y su palabra eran torpes; de todo él desprendíase un vaho repugnante. No pude sustraerme á la curiosidad.

—¿Pero no habías cambiado de vida?

—Sí; pero me era insostenible. Hubiera muerto de tener horas para todo, hasta para comer. Comprendo que soy un anormal. Ahora bebo mucho más, pero sólo aguardiente.

Sentí un placer perverso al verle de nuevo encanallado. En la taberna mostréme malamente obsequioso. Cada copa que le veía beber acallaba algo en mi conciencia. Allí estuvimos tal vez dos horas. Yo le dejaba de tiempo en tiempo para dar un paseo por mi calle. Luego, poseído de una convulsa cordialidad, le referí toda mi historia, que no sé si escuchó siquiera. De pronto me acometió un acceso de tos y hube de salir del establecimiento.

Reclinado en la pared, quise contener la es-

padañada, que al fin mojó el pañuelo hasta desbordarse cálida y roja. Unos trasnochadores pasaron, y al verme salió de entre ellos esta frase:

—¡Un borracho!

Y después, más burlesco:

—¡Buena la ha cogido!

No tuve fuerzas ni para sentir indignación. Raúl acercóse á mí diciendo cosas incoherentes: «Tenía miedo de ir á su casa; los editores eran licenciados de presidio; su barragana le pegaría por haberse gastado el sueldo». Sin despedirse se alejó calle abajo. En la pared alargábase su silueta torturada y, ya lejos, le ladró un perro trashumante. Sentíame como Giner, viejo prematuro, sin deseo de vivir, solo entre el tráfico de la urbe. Y el tiempo transcurría pausadamente, muy pausadamente. Tuve que recorrer muchas veces la calle antes que en el borde del cielo menguara la noche. Una claridad azul triunfó de la sombra y de la niebla; luego se hizo lechosa. Comenzaron á discurrir gentes aceleradas. Un traperero revolvía los montones hirvientes, sobre los cuales combaba su mísera figura como sobre un tesoro. El ángelus clamó solemne en la dulzura matinal y á su insinuación surgieron viejas tocadas de negro, misteriosas y siniestras. Abriéronse algunos portales, y al fin el suyo. De la tenue claridad se destacaba su balcón intensa-

mente amarillo. Yo lo contemplaba mientras en el remoto azul iban borrándose las estrellas. No puedo asegurarlo. Quizás fuese ficción quimérica, ilusoria fantasmagoría, pero creí ver parpadear la luz. ¡Aquella no era luz eléctrica! Tuve una alucinación de cirios, y valeroso, consiguiendo, cuando no era esperado, el arrojo que busqué en el alcohol, me aventuré por la escalera. Ya en el piso, sin titubear, oprimí el timbre.

Dentro sonaban voces confusas, lagrimeantes. Se abrió la puerta, y Ramona no tuvo palabras para preguntarme ni prevenirme. Al entrar en la sala Rafael se abrazó á mí sollozando:

—¡Primo Julio, primo Julio!

Lloramos unidos por el mismo dolor. Luego penetramos silenciosamente en la alcoba.

Entre cuatro luces, tendida sin violencia, indolente y blanca, parecía más dormida que muerta. Yo la había visto muchas veces así, en aquellos agotamientos de los cuales volvía para dárseme con nuevo ardor. Y al verla tan bella y tan blanca, en la actitud de recibirme—quiero confesar esta monstruosidad, de la que no me he arrepentido aún,—triunfando del dolor y de la muerte, aún turbó mis sentidos un torpe deseo sensual.

UNIVERSITÄT DE MONTREAL
BIBLIOTHÈQUE

"ALFONSO HERNÁNDEZ-CATÁ"
Apr. 1928 MONTREAL, MEXICO